

# B A L L E N E R O S

FRANCESES

EN 1827

Entre los avisos que registraba el primer número de "El Mercurio", publicado el 12 de septiembre de 1827, figuraba el de la casa de comercio de don Eduardo Scott, que ofrecía aceite de esperma, por barriles y galones. La venta de ese producto revela ya en ese año la afluencia en nuestros mares de naves balleneras que encontraban su mercado en Valparaíso.

Observa don Roberto Hernández que, entre 13 de esos barcos extranjeros fondeados entonces en el puerto, 9 eran norteamericanos. Desde comienzos del siglo, balleneros de esa nación visitaron nuestros puertos, y su acción comercial y propaganda de ideas de libertad ha sido ampliamente divulgada por varios historiadores, y, en particular, por Pereira Salas.

Menos conocida es la aparición, precisamente en aquel año, de los balleneros franceses. Se habla de ellos en el libro que escribió Gabriel Lafond de Lucy, marino francés que, por naufragio de su nave en Valparaíso en 1823, se acercó en Chile y realizó actividades comerciales, especialmente como agente de seguros marítimos, por cerca de veinte años.

Expresa que en 1827, los balleneros franceses empezaron a visitar las costas de Chile y encontraron en Valparaíso, Talcahuano, Valdivia y Ancud (denominado entonces San Carlos de Chiloé) espléndidos lugares de estadía, aprovisionamiento y venta del aceite de esperma. Esto duró de 1828 a 1839.

"Aceite de esperma por barril". (Publicado en "El Mercurio" del 12 de septiembre de 1827).

Decía Lafond que esa pesca no dejaba de tener sus peligros e inconvenientes. Los temporales de invierno obligaban a los balleneros a refugiarse en los puertos, donde pasaban meses de inacción. Estas estadías demasiado largas desmoralizaban a las tripulaciones, las enfermedades las diezaban y la desertión, muy fácil en puertos con escasa policía, las reducían. Los capitanes, que deseaban prevenir tales desórdenes y que no se resignaban a la inacción batían los mares en invierno; iban a cruzar cerca de las islas Mocha, Santa María y Juan Fernández, y se aventuraban en los numerosos estrechos del archipiélago de Chiloé. Esta navegación en el invierno era peligrosa e innumerables siniestros arredraron a los marinos más intrépidos.

Agregaba que, en la misma época, las bahías de la costa ofrecían a los balleneros extranjeros una pesca fácil y abundante, pero estaba prohibida. En 1837 el cónsul francés en Concepción, don Augusto Bardel, consiguió de la Intendencia un permiso para que los balleneros de su patria pudieran pescar en las bahías penquistas. Desde entonces los buques franceses pasaban el invierno en Talcahuano. Más de 50 naves balleneras

de El Havre, de Nantes y aún de Burdeos gozaron de los beneficios de esa concesión.

Las tripulaciones contaban con las saludables ventajas que les proporcionaba la proximidad de tierra, pero no podían desembarcar. Una disciplina muy severa se había establecido a bordo y numerosos casos de arresto habían probado que la desertión era casi imposible.

Ocurrió luego que las ballenas vivamente perseguidas se retiraron a lejanos parajes. Los balleneros franceses se dirigieron entonces a Nueva Zelandia. Durante los años 1839 y 1840 las costas chilenas no fueron frecuentadas para la pesca sino por escaso número de naves de aquella nación. Sin embargo, casi todas las que desarrollaban sus actividades en Nueva Zelandia descansaban en Talcahuano en su viaje de regreso. En este puerto y Valparaíso hallaban mercado para el producto de su pesca.

El cronista Lafond, que habla de hechos ocurridos en Chile hasta 1842, dice que, por esa época, se observaba que los cetáceos reaparecían en nuestros mares, lo que produciría el regreso de los balleneros.

